

Mi pequeña reencarnación

Un hecho real



Ana Belén Ruiz García



Mi pequeña reencarnación

Un hecho real

La intención del autor en este libro es, solamente, la de dar información general para ayudarle en la búsqueda de su bienestar emocional y espiritual. En caso de que usted utilice la información que se da en este libro para su uso personal, ni el autor ni la editorial se responsabilizan de sus acciones.

Título: Mi pequeña reencarnación: un hecho real

© 2015 Ana Belén Ruiz García

© de la presente edición: 2015 EDITORIAL ELEFThERÍA, S.L.

Olivella, Barcelona, España

www.editorialeleftheria.com

Primera edición: Noviembre de 2015

Maquetación y diseño: Rebeca Podio

ISBN: 978-84-944084-9-6

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Mi pequeña reencarnación

Un hecho real



Ana Belén Ruiz García



*Este libro va dirigido a
todas las personas que,
en algún momento de su vida,
han perdido algún ser querido.
Especialmente a los que
perdieron a un hijo.*

Contenido

<u>0</u>
<u>1</u>
<u>2</u>
<u>3</u>
<u>4</u>
<u>5</u>
<u>6</u>
<u>7</u>
<u>8</u>
<u>9</u>
<u>10</u>
<u>11</u>
<u>12</u>
<u>13</u>
<u>14</u>
<u>15</u>
<u>16</u>
<u>17</u>
<u>18</u>
<u>19</u>
<u>20</u>
<u>21</u>
<u>Epílogo</u>

0.

Escribo este relato para contar mi experiencia, sólo y únicamente. No pretendo demostrar nada, ni convencer a nadie, pero siento que debo dejar constancia de este hecho real, de esta historia tan increíble, incluso para mí, sino la hubiera vivido en primera persona.

Algo que ni siquiera sabe la mayor parte de mi familia, ni mis amigos, ni siquiera los más íntimos, por miedo a que cambien su opinión sobre mí y los míos, por miedo a ser juzgada y analizada, porque, aunque yo siempre he respetado las opiniones y formas de vida de los demás, soy consciente, que gran parte de la sociedad no es así y no los culpo por ello: sé que lo que voy a contar, es difícil de creer.

Por eso, lo único que no es real en esta historia son los nombres.

1.

Me considero una persona alegre y divertida, pero muy sensata y consecuente con mis actos, responsable y amiga de todo el que quiera ser amigo mío, en definitiva, una persona normal y corriente, y no quisiera que este hecho me señalara. Aunque estoy segura de que hay más casos, más personas que se mantienen en el anonimato por la misma razón que lo hago yo: por incredulidad y miedo al escepticismo, simplemente por eso se resume, tal vez, tanto silencio.

La incredulidad, que se disipa completamente y sin importar el grado de escepticismo, cuando tu hija de dos años te dice mirándote a los ojos algo que no cabe en la mente de un bebe que apenas ha empezado a hablar y en su mirada ves la expresión y la templanza de un adulto que piensa:

–Lo que te voy a decir es cierto aunque no lo creas, mamá.

Ahí, en ese momento, se termina tu incredulidad, cuando oyes algo que nunca habrías imaginado, y aun así, sabes que va en serio. Te quedas paralizada, mientras escuchas, mirándola a la cara, a los ojos, sin decir nada y con gran esfuerzo. Al momento intentas cambiar el gesto de extrañeza, para que ella no se dé cuenta de lo increíble de sus palabras, que para nada te concuerdan con su delicada y frágil voz.

Y desde este momento algo cambia en mi vida.

2.

Mi nombre es Laura y tengo ahora 38 años, nací en Madrid, pero hace trece que mi marido y yo nos trasladamos a Ciudad Real por motivos de trabajo.

En esos momentos, las cosas no nos iban muy bien. Como casi todos los comienzos el nuestro también fue muy difícil. Éramos muy jóvenes, teníamos veinticinco años y nos metimos en demasiados proyectos.

Yo no era una persona muy creyente, pero ¡aquí, fue realmente donde empecé a creer en Dios!

Me imagino que como el resto de los mortales, cuando te encuentras atrapado en un callejón sin salida o cuando te das cuenta de que tu situación es lo más parecido a estar cayendo por un precipicio y nada de lo que haces va a frenar tu caída, en esos momentos, solo te queda, aparte de trabajar como una loca, rezar, pero rezar como el que se agarra a un clavo ardiendo, con tanta fe como desesperación.

Cogía todos los trabajos que me salían, aunque fuesen precarios y mal pagados, pero con todo y con eso no era suficiente. Necesitaba encontrar la salida de ese círculo en el que nos habíamos metido, pero no encontraba la manera, las facturas llegaban sin parar.

Un día volvía a casa del trabajo, era invierno y ya era tarde, pasé por enfrente de aquella iglesia, por la que pasaba todos los días, pero esa tarde me acerque a la puerta y por curiosidad entré. Dentro no había nadie. En ese momento pensé que a lo mejor desde allí, desde la casa de Dios, llegarían más directas mis súplicas.

Comencé a pasear por aquel templo, contemplándolo como si fuera un museo, pues mis visitas no eran muy usuales por allí. Mientras caminaba me fijé en una de las imágenes de la iglesia, era una virgen y desde su altura parecía que me miraba. En su rostro estaban pintadas dos lágrimas y su expresión era muy triste. Crucé mis manos delante de ella y empecé a rezar. Sentí tanta complicidad con aquel rostro que por unos segundos tuve la sensación de que me escuchaba.

Al salir de allí, ya en la calle pensé qué sola debe de sentirse alguien para creer que una estatua le escucha, al fin y al cabo estábamos solos en esta nueva ciudad y todavía no conocíamos a nadie.

Cuando llegué a casa le conté a Alonso, mi marido, mi visita a la iglesia y el consuelo que delante de aquella virgen, había sentido. Él me contestó que se alegraba de que aquello me hubiera hecho sentir bien y que no me preocupara, que saldríamos adelante.

Durante todo aquel año las cosas siguieron igual de difíciles para nosotros. Mis rezos parecían no tener contestación. De vez en cuando, recordaba aquella tarde en la iglesia junto a los pies de la virgen y decepcionada, pensaba que si alguien podía hacer algo por mí era yo.

Años más tarde, me daría cuenta de que eso no es exactamente así y de que los rezos no son tan efectivos e inmediatos como una pastilla de paracetamol que en media hora más o menos ya te ha solucionado el problema.

En esos meses nos acompañaron una serie de *casualidades, coincidencias y suerte*, que poco a poco, sin desistir y luchando mucho nos ayudaron a mejorar las cosas hasta llegar, más o menos, a la estabilidad que buscábamos.

Por supuesto que mis rezos fueron escuchados. Desde entonces y por mi experiencia, cuando alguien me dice que no cree en Dios, yo siempre le digo:

–No te preocupes, solo es cuestión de tiempo.

3.

Alonso y yo deseábamos tener un bebé, pero esperamos un tiempo a establecernos cómodamente y así yo podría dedicarme unos años a cuidar de nuestro hijo, pues era lo que más deseábamos en el mundo.

Siempre había oído que un hijo te cambia la vida, pero nunca pensé que tanto. Sabía que te cambia en el ámbito de la pareja y en lo personal, puesto que desde que nace, tú, ya siempre quedas en segundo lugar.

Por encima de tu felicidad está la suya, por encima de tu seguridad, también está la suya. Pero en lo espiritual, sinceramente, nunca me lo plantee.

4.

En el 2001 nació nuestra primera hija: Ángela, una niña preciosa y buenísima que para nosotros fue un regalo del cielo. El embarazo fue genial, y digo genial porque mi marido y yo éramos los más felices de la tierra: teníamos todo lo que habíamos soñado y por lo que habíamos luchado; yo me consideraba la persona más afortunada del mundo. En mi cara brotaba una sonrisa de felicidad casi constante. Me había casado con el chico de mis sueños, enamoradísima, teníamos nuestra casita, un trabajo estable tras unas duras oposiciones y ahora por fin nuestra pequeña. No se podía pedir más a la vida.

Nos dimos cuenta de que no era necesario tener gran cantidad de dinero para ser felices de verdad.

Cuando nació Ángela yo pasaba casi todo el tiempo con ella jugando, enseñándola a descubrir el mundo poquito a poco, y sobre todo mirándola y viéndola sonreír. ¿Hay algo más hermoso que contemplar eso? Ángela era una niña muy tranquila y muy feliz. Tan feliz como nosotros. Al cumplir su primer año ya caminaba sola y enseguida empezó a hablar. A los dos años, más o menos, hablaba muchísimo y todas las palabras correctas, me sorprendía cada cosa que hacía y decía, me llenaba de orgullo. Para mí, mi niña era lo más hermoso que había, sus palabras tan redichas y terminadas correctamente me hacían sonreír de felicidad.

Un día en casa de mis padres, Marina, una amiga de ellos, que vino a conocer a Ángela, buena persona sin duda, muy tenaz, inteligente y trabajadora, me dijo:

–Bueno, ¿y tú que piensas hacer ahora en la vida?

–Pues mira, ahora mismo quiero disfrutar de lo que tengo y mantenerlo todo el tiempo que pueda –contesté. –Tengo tanto amor dentro de mí que casi no me cabe. Aunque te parezca una cursilada. –Y me reí.

–Bien, pues ésta, es una persona que no quiere llegar a nada, no tiene ambiciones, ni aspiraciones, pero bueno, no pasa nada, cada uno es como es – replicó dirigiéndose a mis padres que se hallaban también allí.

Decidí callarme ante aquel comentario despectivo. Sabía que nunca le haría cambiar de opinión. No se daba cuenta de que lo que todo el mundo persigue a través de cosas materiales, yo ya lo tenía: la felicidad.

5.

Habían pasado casi tres años desde que nació Ángela, ella quería un hermanito con quien poder jugar y puesto que nosotros deseábamos tener otro hijo, decidimos no esperar más para tener a Sara y que se uniera a nosotros siendo otra nueva alegría.

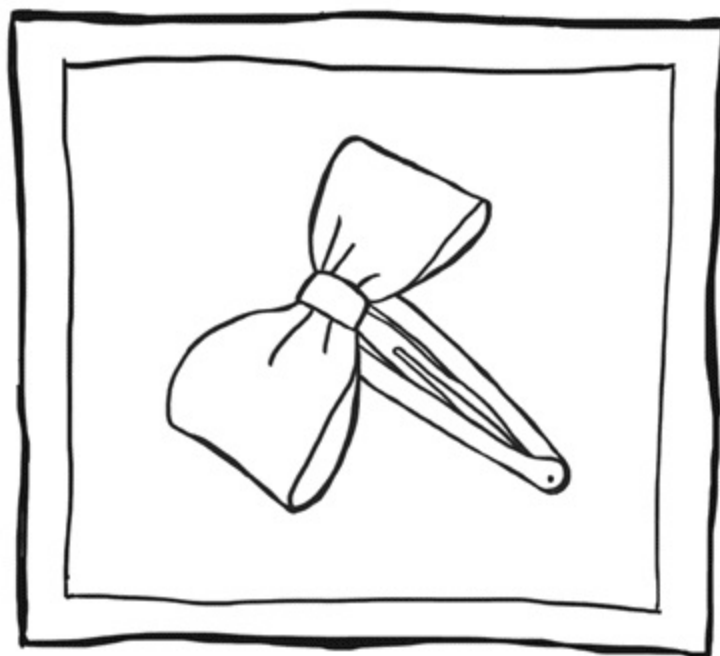
Sara llegó en el 2005. El embarazo que yo pensaba feliz como el anterior, no fue así y hasta los cinco meses más o menos me los pase llorando y vomitando. Fue horrible, era agotador, vomitaba por la mañana, al mediodía, por la noche. Todo ofendía mis sentimientos, estaba muy sensible; sinceramente, no fue como esperaba. La matrona dijo que era por el cambio hormonal, que ya pasaría y que tuviera paciencia.

Pero la paciencia, sinceramente, no es una virtud en mí; quizás por eso, entre otras cosas, estoy con alguien como Alonso, que es todo tolerancia y calma. Él, durante mi embarazo, además de su trabajo, estaba terminando sus estudios y aún con todo eso le quedaba tiempo para nosotras, para consolarme y animarme y para jugar con Ángela.

Por fin nació Sara, en la primavera, el veintidós de abril y a ella siempre le digo que es mi flor, porque nació en el mes que nacen las flores. Mis dos hijas, mi deseo hecho realidad.

Al igual que con Ángela, intentaba prestar toda mi atención a Sara, mis besos, mis arrullos, buscar su sonrisa, hablarle y acariciarle. Jugar a las muñecas con ella, como yo digo, poniéndole vestiditos, colonia y besos.

A los pocos meses de nacer Sara, Alonso terminó sus estudios justo a tiempo para echar una mano. Aunque todo iba muy bien, un bebe requiere de muchos cuidados y Ángela era muy pequeña también y ahora más que nunca intentaba llamar la atención, dejando claro que, la princesa de la casa y la primera en recibir nuestros cariños sería ella. Aun así tenía mucha ilusión por su hermanita pequeña.



6.

Pasó el tiempo, Sara cumplió su primer año y yo empecé a sentir que Ángela y ella eran muy diferentes, al menos en la forma de ser.

Las dos eran muy buenas, dormían toda la noche seguida desde que nacieron y sólo despertaban para las tomas. No eran niñas lloronas ninguna de las dos, no obstante yo ya notaba la diferencia en el carácter, tan serio el de Sara, quizás demasiado, para ser un bebe.

Su mirada era observadora, tanto que incluso llamaba la atención. ¡Me era tan difícil sacarle una sonrisa! Pero bueno, cada uno es como es, pensaba yo en ese momento.

A todo el mundo le llamaba la atención la expresión de la niña, no solo a mí. Siempre comentaban:

–¡Fíjate lo atenta que me escucha, parece una persona mayor! –solían decir.

Y ya después, el típico comentario:

– ¡Que rica es la niña! ¿A quién se parece? –A lo que añadían que era como su padre, pues mi marido es bastante serio y correcto en su forma de ser. Claro que él ya tiene cuarenta años y no ha sido así de formal siempre.

Seguí pensando que cada uno tiene su forma de afrontar la vida y hay quienes le ponen una sonrisa o una carcajada y quienes le dicen al mundo con su gesto templado y sereno ¡Aquí estoy yo! No todos somos iguales; ahí está la sal de la vida.

–No importa tu expresión siempre que por dentro te sientas bien –pensaba yo en mi afán de aceptar a cada uno tal y como es.

No podía juzgar a nadie por sus comentarios, porque a mí, que era su madre, la expresión de Sara también me llamaba la atención, me parecía curioso, incluso, que los demás tuvieran la misma sensación que yo.

Lo que si me molestaba y mucho, era, que confundieran a Sara con un niño. No sé si por

su seriedad, o porque no tenía pelo, tal vez por sus facciones. Le puse pendientes enseguida, toda la ropita era de color rosa y con detalles que identificaban mucho la presencia femenina de mi bebe y aun así íbamos por la calle y si alguien le hacia algún gesto cariñoso a mi pequeña se referían a ella como el niño. Me sentaba fatal.

–¡Pero bueno! ¿Es que no ven los pendientes? ¿Y el vestido rosa, tampoco lo ven?

Alonso se reía cuando yo me enfadaba por estos comentarios.

–Pero, deja a la gente que diga lo que quiera, ¿a ti que más te da?

–¡Pues no me da igual, no! Porque si fuera un niño, sería un niño, pero es una niña.

Pasaron unos meses y Sara comenzó a tener algo de pelito en la cabeza. Enseguida le puse una pequeñísima horquilla que apenas se sostenía, pero yo quería dejar claro a los demás que Sara era mi princesa. ¿Os podéis creer que aun así, la seguían confundiendo?

7.

Sara tenía casi dos años y empezaba a preocuparme pues aunque dicen que los segundos hijos hablan antes y son más espabilados, lo único que había hablado mi pequeña hasta ahora, era: mamá, papá, y agua, absolutamente nada más.

Yo le hablaba mucho, le ponía canciones y cantaba con ella esperando algo de colaboración, pero Sara sólo me miraba. A veces dejaba ver un esbozo de dulzura en su sonrisa, pero rápidamente desaparecía y volvía su gesto severo y extrañado ante mí.

La llevé al médico y le conté mi preocupación por la niña, quería saber si todo estaba bien pues mi cuñada, la hermana de mi marido, sufrió de meningitis cuando era muy pequeña y yo la verdad, estaba preocupada. Porque mis suegros no se dieron cuenta inmediatamente, sino cuando la niña empezó a tener retrasos en el desarrollo.

Después de examinar a Sara, la doctora me preguntó sin darle importancia:

–¿Cuándo tú le pides algo en concreto, ella te lo da?

–Sí, –contesté.

–¿Te señala con el dedo o con gestos lo que quiere?

–Sí, –volví a contestar.

–Entonces, no te preocupes; a la niña no le pasa nada, solo que para ella es mucho mas fácil así la comunicación. Intenta que te diga lo que quiere llamándolo por su nombre y espera a que pase algún tiempo, cada niño lleva su ritmo.

Efectivamente, así fue, y poco a poco Sara habló cada día más.

Quizás, fui un poco alarmista, pero como madre, considero que debía asegurarme de que todo estaba bien. La verdad es que son dos hijas y dos experiencias bien diferentes. Mis dos amores, mi pasión, mi energía positiva: todo está en ellas.

Aunque la doctora me había tranquilizado a mi me seguía pareciendo algo curiosa la actitud de Sara, una niña tan observadora, de verdad observadora. Cuando venía alguien a casa o cualquier persona que hablara, ella volvía su cara y se quedaba mirando tan

seria, con su mirada fija, como el que no entiende algo y trata de comprenderlo.

8.

Sara tiene dos años y medio y una mañana, un día normal, la estaba vistiendo y mientras le ponía la camiseta, me dice con su media lengua:

–Mamá, yo tengo un hermano muerto.

Yo seguí vistiéndola y no le hice caso, aunque me quede un poco parada, creí que le había entendido mal y le dije, mientras seguía poniéndole los calcetines:

–Cariño, ¿Qué?

Y ella me volvió a decir:

Que tengo un hermano muerto, que vive dentro del mar.

Yo me quede pensando si ella sabía lo que decía o no, pero también me impacto lo que dijo sin venir a cuento de nada y seguí vistiéndola sin contestar.

A los pocos días se lo dijo de nuevo a su hermana, que también es pequeña:

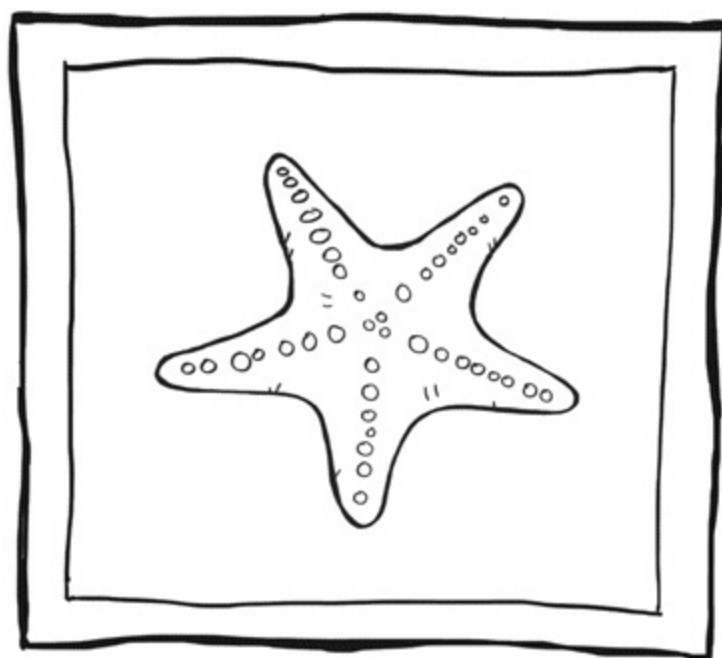
–Tati, yo tengo un hermano muerto.

Pero Ángela, la contradijo y siguieron jugando. Lo sé, porque a la hora de comer, ya sentadas en la mesa, Ángela me dijo:

–¡Mamá, dice la niña que tiene un hermano muerto que vive en el mar! Yo le he dicho que eso es una mentira. ¿A que sí?

Me sorprendió que repitiera ese mismo comentario a su hermana a solas. Parecía que buscaba alguien que la creyera ya que yo no le había hecho caso antes. Le pregunté a Sara por qué decía eso, pues solo tenía una hermana que era Ángela.

Realmente yo quería saber por qué decía eso, con mi pregunta no pretendía regañarla. Sin embargo ella no contestó nada, agachó la cabeza y siguió comiendo. Durante la comida intenté hacer alguna broma para que Sara no estuviera tan seria.



9.

Pasaron unos días y hacia las tres de la tarde llego mi marido del trabajo, las niñas estaban en la habitación jugando, él fue a verlas como siempre y a darles un beso. Cuando mi marido se quedó a solas con Sara, ella le dijo:

–Papi, ¿sabes?, yo tengo un hermano muerto, que vive dentro del mar.

En ese momento Alonso, mi marido, se quedó como yo, sin saber que decir y siguió jugando con ella. Al cabo de un rato, vino al comedor y cuando estábamos solos me dijo:

–Oye ¿a qué están jugando las niñas?

–Pues con sus juguetes y la casita, en la habitación. ¿Por qué? –pregunté.

Él me contó lo que le había dicho Sara.

–¿Y tú, que le has dicho? –volví a preguntar.

–Pues nada, pero me ha sonado un poco macabro, me contestó sonriendo.

Yo le comenté, que a mi y a Ángela nos había dicho lo mismo y que lo del hermano, no nos pareció tan raro, por aquello del amigo imaginario que inventan muchos niños, aunque ella no llama hermanos a sus amigos, pero lo de que estaba muerto y vivía dentro del mar se salía un poco, bajo mi punto de vista. Además, solo era ese comentario, no lo continuaba con nada mas. Ella veía que nos callábamos y no insistía tampoco, ¿Qué podíamos decir?

El fin de semana, estuvimos en el pueblo, en casa de mis padres. A la hora de la comida Sara estaba sentada al lado de mi padre y le dice:

–Abuelo, yo tengo un hermano muerto.

Toda la familia estábamos callados y todos nos enteramos del comentario de la pequeña Sara. Me quede de piedra pensando, ¡DIOS!, lo oportuna que ha sido, me voy a ganar una regañina de mi padre diciéndome, que a ver qué tonterías le decimos a la niña, o

algo así. Pero mi padre solo dijo:

–¿Ah sí? pues vaya.

Casi parecía que le había hecho gracia. Pero aquello le llamo la atención.

Mi padre es totalmente ateo y muy recto y aunque en ese momento no dijo nada mas, después, en la cocina quiso comentarlo.

–¿Qué ha sido eso que ha dicho Sara, cuando estábamos comiendo?

–Pues mira no sé –contesté–, nos lo lleva diciendo a todos desde hace unos días y no sabemos a cuento de qué viene, no hemos querido darle importancia delante de ella.

Porque... ¿qué puede saber de la muerte, tan pequeña?

10.

Sara tenía ya tres años y durante un fin de semana fuimos al pueblo a la casa de mis padres. Era un día soleado de primavera y mis dos hijas y yo jugábamos en el patio, con una casita de tela, de estas que venden en las jugueterías, tipo tienda de campaña, con la que a ellas les encanta jugar y les dije:

- Chicas ¿jugamos a hacer comiditas?, buscamos botes que no sirvan y serán las cacerolas y la hierba y la arena es la comida, ¿vale?

Les encantó la idea y sobre todo, que yo participara en el juego. Ángela encontró un tapón de una botella y un pequeño taper viejo, Sara me trajo un disco viejo y algo gastado, de una radial.

Mis padres tienen un pequeño taller de cerrajería cerca de la casa, un negocio familiar, y no es extraño encontrar este tipo de material por allí.

Yo pensé, que aquello simularía ser un plato, o algo así. Pero Sara me dijo muy contenta:

—¡Mira mami! para escuchar una canción. Se le pone un palito encima y suena.

Lo primero que me vino a la mente fue ¿cuándo ha visto ella un disco de vinilo para saber cómo es eso? Para los que nunca han visto un disco de radial, su parecido es muy similar, a simple vista, pero mi hija nunca había visto un disco de vinilo y mucho menos había visto funcionar a un tocadiscos.

Como estas anécdotas, pasaron más y no solo estando conmigo.



11.

Pasaban los meses y observé en Sara algo que me parecía curioso y no por el hecho, si no mas bien, por la corta edad de la pequeña.

Cuando veíamos la televisión, cogía el mando, pasaba canal por canal y no se detenía al ver dibujos o a Epi y Blas. Su canal preferido era uno en el que ponen películas antiguas, remasterizadas o en blanco y negro, le daba igual si eran de vaqueros o de romanos aunque sus preferidas eran las de Lola Flores, y sobre todo las de Marisol. Le daba igual si estaba empezada o no, se plantaba en el sillón como para no perder detalle. Era muy curioso, ver a una niña de tres años, que permanecía tan atenta a todo el desarrollo de la película, le daba igual si la trama era de amoríos, tiroteos o peleas, allí se quería quedar hasta que saliera el *the end*. En el pueblo Sara pasaba muchos ratos con mi padre y él, a veces, llegaba a casa contando las cosas que le decía la niña. Lo que mas le llamaba la atención era la forma de hablar de ella, decía que era como una persona antigua, por sus palabras al expresarse.

Subió un día a casa, después de dar un paseo con Sara y vino realmente alterado y nervioso. No nos dijo concretamente que había pasado, solo decía, como hablando consigo mismo:

–¿Pero cómo sabe esas cosas la niña? ¡si ni siquiera yo las he vivido! Las cosas de las que habla las sé yo porque mis padres o mis abuelos me las contaban a mí, de sus tiempos, ¿cómo es posible?

Se quedó muy pensativo durante todo el día. Le preguntamos qué había pasado, qué le había dicho Sara, pero él no sabía por dónde empezar y repetía de nuevo el mismo comentario. Creo que temía contarlos, por si no le creíamos y por otro lado pensaba que al no contarlos dejaría de ser cierto lo que acababa de escuchar.

Mi padre solía decir que Sara tenía algo muy especial refiriéndose a algo extraño y curioso para él. Decía:

–Tiene algo... ¿no lo veis? ¿no os dais cuenta de cómo mira? Habla poco, pero

lo que dice tiene tanta coherencia, que no es normal para una niña, porque Ángela, te habla muchísimo y muy redicho todo, es muy graciosa, pero yo no me refiero a eso. Detrás de lo que Sara dice hay... hay experiencia, y sobre todo, es... es su forma de mirar.

12.

Algo de lo que aún hoy no he podido encontrar una explicación, porque ya pasó y como tantas cosas con Sara se han quedado sin poder comprender. Fue un día en el pueblo, con mi padre y las niñas, llovía y no podíamos salir a la calle. Se me ocurrió proponer:

–¿Queréis que veamos el video de cuando papi y mami se casaron? Veréis que chulo.

Pensé que les gustaría porque al principio de la película, los fotógrafos me hicieron en el montaje, una pequeña introducción con imágenes de una película de Disney, en las que sale, la bella y la bestia, ya muy enamorados.

Empezamos a ver el video, Ángela dijo:

- ¡Qué guapa! Mamá que vestido tan bonito, ¡pareces una princesa!
- ¡Eso fue lo que me dijo papi cuando me vio! –contesté entusiasmada.
- ¿Si?, ¿eso te dijo? –preguntó Ángela.

La miré muy sonriente y asentí con la cabeza. Estábamos sentados en el sillón y yo tenía a Sara sentada en mis rodillas, estaba muy atenta. Mi padre con Ángela se mecían sentados en un balancín al lado de la chimenea.

Ángela no paraba de hacer preguntas:

- ¿Quién es ese?
- ¡Pues un camarero!
- ¿Y esa?
- Una tía de papá.

En el video, terminaban de salir los invitados y comenzamos a salir mi marido y yo partiendo la tarta y dándonos un beso en ese momento. Me fijo en Sara, que está viendo la televisión y cayéndosele las lágrimas, muy triste. Me asusté, no me esperaba para nada ese tipo de reacción: pensé que le gustaría, que le haría ilusión o que estaría sonriente al ver a sus papas en la televisión, felices y con aquellos trajes tan elegantes. Le pregunté:

–Pero cariño, ¿qué te pasa? Si somos papá y mamá en una fiesta. ¿Por qué lloras?

Ella me contestó muy despacio y sin apartar la vista de la pantalla:

–¡No lo sé!

Mi padre y yo nos quedamos extrañadísimos. Sara, lloraba con melancolía, ensimismada, mirando las imágenes, muy quieta, daba la sensación de que aquellas imágenes le recordaban algo. Transmitía una gran tristeza. La pregunté, si quería que quitara el vídeo y me dijo que sí, tan solo, asintiendo con la cabeza y sin dejar de llorar.

Aquel momento nos conmovió tanto, que no hemos vuelto a poner más el vídeo de la boda.



13.

A lo largo de mi vida y por diversas circunstancias he tenido mucha relación con niños, además de mi propia experiencia con mi hija mayor. Los he visto jugar, pintando, paseando carritos con muñecas, a los coches, imitando voces simulando ser las de los muñecos o las de sus papas. Recuerdo que Sara jugaba a su manera, o al menos a nosotros nos parecía un juego. El caso es que lo hacía muy a menudo y obviamente se sentía cómoda, no porque sonriera ni se la viera divertida durante su juego, sino por la naturalidad con que lo hacía.

Se colocaba mi bolso, cruzado por el pecho, metía cosas en una pequeña maletita con ruedas, cogía una bolsa de plástico y la llenaba de calcetines y todo lo que iba encontrando: un paquete de pañuelos de papel, su muñeca preferida, unas camisetas del armario, sus cepillos del pelo... Sobre todo, que estuviera bien llena, se ponía los zapatos y así, con todo eso, se paseaba por toda la casa.

Efectivamente, como aquel que se va de viaje y va muy cargado, llevando encima todo lo que necesitara por largo tiempo. Yo a veces me enfadaba porque me revolvía todo el armario, pero estaba realmente graciosa y yo disfrutaba al verla pasear por la casa sin decir nada y sin hacer cómplice a nadie de su juego.

Ella, aunque veía nuestras sonrisas y miradas, parecía estar completamente ajena a ellas, como si no supiera el porqué de tanta atención, nos devolvía la mirada totalmente seria y seguía dando sus paseos por toda la casa sin apenas poder con todo aquel equipaje, parecía que no le importara en absoluto lo que nosotros pensáramos.

Yo observaba que aquello que ella hacía era casi como un hábito en su corta vida y algo totalmente normal, como intentar vestirse o comer.

Cuando hablaba con mi madre por teléfono, le contaba a carcajadas y llena de asombro, las hazañas y cosas curiosas que hacía mi niña.

–¿Pero hace eso cuando le dices que os vais a la calle? –preguntó mi madre.

–No –contesté–. Su juego consiste en preparar las maletas durante largo tiempo

en su habitación y luego pasearse por la casa así, a veces incluso con su sombrero puesto.

–¡Vaya cosas que tiene Sara! –rió.

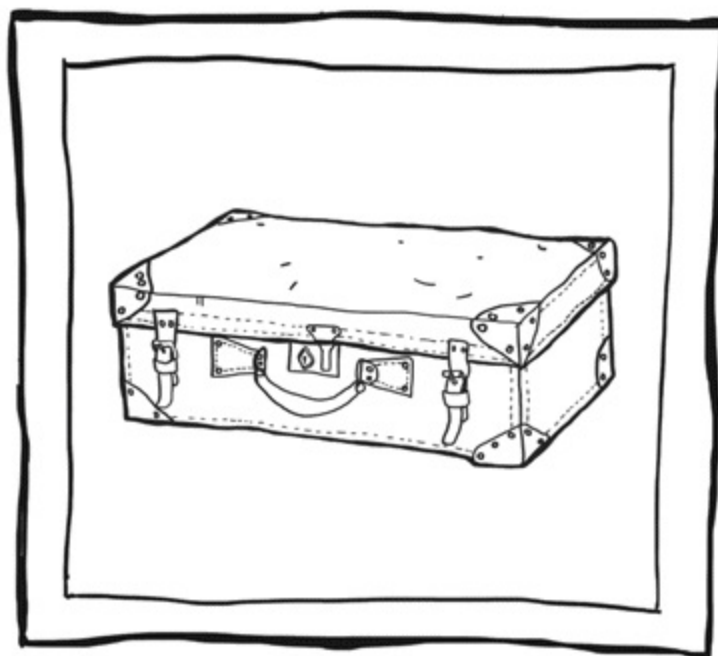
Pero un día que mi madre estaba en casa conmigo, tomando café en el comedor, charlando de nuestras cosas, Sara estaba en su habitación jugando y de repente paso por el comedor, con toda su indumentaria colocada, paseando, haciendo su recorrido, tranquilamente. En aquel momento hubo una pausa inesperada en la conversación.

–¿Qué hace la niña? –preguntó mi madre.

–Nada, ya te lo conté por teléfono, está jugando.

Entre sonrisas le preguntamos a Sara dónde iba tan cargada y ella ni se inmutó por nuestra pregunta. Quizás sintió el sarcasmo así que nos miró un momento y siguió caminando.

Pasó el tiempo, quizás un par de meses, pero ninguno podíamos acostumbrarnos ni hacer ojos ciegos a las reacciones y palabras de Sara, palabras tan serias y escasas puesto que no se dirigía a nadie a no ser que fuera absolutamente necesario para ella, ni siquiera a su papá o a mí, por más que insistíamos en hacerle cariños y juegos. Ella parecía distante, se notaba la falta de complicidad en la ausencia de sus sonrisas.



14.

El 15 de abril de 2009 Sara tenía casi cuatro años y jamás olvidaré ese día. Lo sé porque después de lo que ocurrió, escribí todo exactamente como paso en mi diario. Fue algo tan increíble como asombroso para todos. Sabía que era muy importante escribir cada detalle para no olvidar nada. Aquello, había dejado de ser simples gracias y curiosidades de la niña para significar algo más. Este día fue como si algo estallara en Sara. Como si todo, por fin encontrara su razón de ser, como si las piezas de un puzle estuvieran, finalmente completadas. Así lo escribí:

«Ayer me compré unos zapatos con mucho tacón, rojos, tienen una forma parecida a los de baile de salón, con una correíta alrededor del tobillo.

Estábamos las tres sentadas en el sofá del comedor, Ángela, Sara y yo. Después de merendar, con la tele puesta, pero sin ver nada en concreto, recordé los zapatos y decidí sacarlos, para probármelos de nuevo, ya estando en casa, no acostumbro a llevar tacón y quería asegurarme de que realmente, aparte de bonitos, eran cómodos. Al ponerme uno de ellos, Sara se quedó mirándolos, al momento, dejo lo que estaba haciendo, se levantó de su sitio y se acercó a verlos más de cerca, cuando estaba al lado mío me dijo muy seria y sin dejar de mirarlos:

–Mi mamá tiene unos zapatos como estos,

Desvió su mirada para mirarme a la cara, y como ensimismada volvió a repetir más alto:

–¡Mi mamá tiene unos zapatos como estos!, pero los suyos están más viejos.

¡Mi mama baila, es bailarina!

Cada vez, se estaba poniendo más nerviosa. En cada frase su alteración iba en aumento, era como si hubiera encontrado el quid de la cuestión, parecía entusiasmada con aquello que nos decía.

En la televisión salían en ese momento, unas modelos, desfilando por una pasarela, con vestidos largos, agarrando el bajo de sus vestidos con las manos, que ellas aireaban al caminar. Sara miró la tele, se acercó mucho a ella, se volvió y me dijo muy nerviosa y muy alto:

–Mi mamá es esa, es esa, ¡es esa!

Ángela y yo, nos quedamos mirándola, con los pelos de punta, calladas, totalmente desconcertadas, Sara no estaba de broma, todo lo contrario, parecía igual de asustada que nosotras.

Al momento, vino hacia mí, lentamente. Yo la dije, intentando calmarla y abrazándola:

—¡Cariño, tu mamá, soy yo!

A lo que ella me contesto:

—¡No, tú no! ¡Digo la de antes!

Me empezaron a temblar las manos, no paraba de sentir escalofríos. Mire a Ángela, que estaba en el sillón de al lado, inmóvil, como yo, mirándonos con los ojos como platos.

Apagué la televisión. No sabía que hacer para que la tensión de ese momento se relajara, yo era la persona adulta que se supone, que debía controlar la situación. Pero no fue así, estaba totalmente desconcertada.

Habían pasado unos minutos de total silencio, Ángela y yo, después de quedarnos paralizadas observando a Sara, nos volvimos a mirar durante un momento, las dos teníamos la misma expresión de asombro en la cara y de repente, Ángela dijo muy enfadada:

—¡No hagas caso mami, que todo eso que ha dicho es mentira! ¡Será, que ha visto el cuarto milenio!

Aquello me hizo soltar una gran carcajada, rompiendo así la tensión. Esa, fue la explicación, que Ángela, con tan solo siete años le pudo dar a aquel momento tan inquietante.»

Supongo que todo el mundo conocerá el programa El Cuarto Milenio, pero por si alguien no lo sabe, es un programa de televisión de misterio y cosas paranormales, que por supuesto, ellas no ven, pero que alguna vez lo han visto anunciar y les provoca algo de miedo. Doy gracias, que Ángela estuviera delante, cuando todo esto ocurrió, porque, aunque sea una niña, también fue testigo de aquel hecho.

Si no, creo que yo misma, después, le hubiera buscado algún tipo de justificación a todo aquello, quizás, incluso hubiera pensado que todo era una locura y que yo lo había exagerado.

Lo que ocurrió este día, para mí, fue demasiado. Me di cuenta perfectamente, de que no se refería a que alguna de las modelos que salían en la televisión era su mamá, pero sí, de

que había alguna similitud con las imágenes y lo que ella quería transmitir. Cuando vino mi marido, por la tarde, le conté lo que había ocurrido, estaba deseando que llegara, lo llevé a la cocina, para estar a solas y poder hablar. Él me conoce, sabe como soy, intento ser una persona objetiva e imparcial, empatizo bastante con las personas y aunque él sabe todo esto, yo sentía miedo y vergüenza de contárselo. Le dije:

–Por favor, escúchame bien, porque, de todo esto que voy a contarte, no voy a cambiar ni una sola palabra de lo que ha pasado.

Cuando terminé de hablar, él se quedó mirando al suelo, callado, pasándose la mano por la cara y con gesto abrumador, al momento me dijo:

–¿Eso te ha dicho la niña?

–Sí –le contesté y añadí: –Si no me crees, no te preocupes, lo comprendo perfectamente, pero pregúntale a Ángela, lo que ha pasado esta tarde, que seguro, no se le ha olvidado.

Fuimos al comedor, allí estaban las niñas, cogí a Sara en brazos y le pregunté si le quería contar a papá lo de los zapatos.

Ella se lo contó, entre juegos y sin mirarle a la cara, parecía que tuviera la misma sensación que yo, al contarlo. Pero se lo contó igual. Añadió después, que los zapatos estaban en otro lugar, pero muy lejos y que estarían llenos de telarañas.

Ángela también estaba allí, y al oír a Sara contárselo a su padre exclamó muy enfadada:

–¡Menudo susto que nos ha metido la niña con las mentiras esas que dice!, es más rara.

A lo que Sara replicó casi llorando:

–No son mentiras.

–¡Pero como no van a ser mentiras, si decías que la de la tele era tu mamá, y que los zapatos de mamá eran de la mujer de la tele! –Le volvió a decir su hermana discutiendo.

Sara empezó a hacer pucheros y a llorar en silencio, le dije a Ángela que se callara, cogí a Sara en brazos y me la lleve a otra habitación para calmarla y decirle que no llorara, que yo si la creía.

Después, al estar solos, mi marido me dijo, que a lo mejor esa conducta de la niña era un juego. Pero a mí no me lo parecía, era algo demasiado retorcido para una niña de casi cuatro años y que cuando ocurrió esto, la pequeña, al decirlo, lo estaba pasando muy mal. No era algo divertido para ella. Tampoco me pareció un juego su reacción, al

decirle después su hermana que estaba mintiendo, se hubiera reído si aquello fuera así, una broma o una llamada de atención, pero no fue así, se puso a llorar.

Por la noche, al acostarnos, Sara se vino a nuestra cama y nos preguntó, si se podía quedar allí a dormir, le dije que sí. Yo había estado todo el día pensando, no solo en lo que había dicho la niña, si no también, en aquel momento de tensión, de lo que me habían hecho sentir las palabras de mi hija. No eran las palabras, más bien fue, su manera de decirlas y de sentir las, de intentar transmitirnos lo mejor que podía, lo que llevaba dentro, por sus gestos, ella era la primera, que sabía lo difícil que sería creerla.

Mi marido, la niña y yo, en la cama, los tres despiertos pero dispuestos a dormir, no sabía que hacer, si mencionar algo de lo ocurrido, o no, y dejarlo pasar. Con miedo de su respuesta, le dije en voz bajita a Sara:

–Cariño, si todo eso de la mamá y los zapatos es mentira o un juego, dímelo, no pasa nada, porque me he asustado.

Ella me miró y me dijo:

–Mamá, no es mentira.

Me quede callada por un momento, esa era la respuesta que me temía.

–Nena, es que yo soy tu única mamá.

Se hizo un silencio y casi llorando, resignada, me dijo:

–Vale.

Le vi haciendo pucheros y cayéndosele las lágrimas en silencio.

–¿Qué te pasa mi vida?

Ella solo me dijo entre sollozos y con la voz entrecortada:

–No sé, estoy muy triste.

Y siguió llorando.

La abracé, con todo el dolor de mi alma, hasta que se durmió.

Me sentía fatal, por aquello que le dije a mi hija, aquellas cortas y vacías palabras, inútiles ante tanto desconcierto, la habían hecho sentirse así de mal. No había sabido consolarla.

En ese momento pensé, que no tenía que haber seguido el tema. ¿Pero qué tenía que haber dicho o hecho? No lo sé, ¿seguir igual que otras veces, sin decir nada? Aunque era obvio que la niña decía la verdad, yo, seguía sin saber que pensar. En un segundo, empecé a contrastar, llena de temor, la realidad, con lo que ella decía, porque lo que sí estaba claro, es que lo que nos contaba, lo sentía.

Esa noche no pude apenas dormir, mi marido también se paso la noche dando vueltas en

la cama, los dos, cada uno intentando llegar a una conclusión.

Muchas contradicciones venían a mi mente, intentaba buscarle otra explicación, pero no la encontraba. Mi hija hablaba de otra madre, de la de antes y lo peor era con la tristeza que lo hacía.

Era cierto, asumí el hecho, estaba segura. El alma de un niño, era mi hija, y ella lo recordaba.

Aquello que estaba pasando podía ser consecuencia de una reencarnación, parecía una locura, pero nos estaba pasando a nosotros, era real.

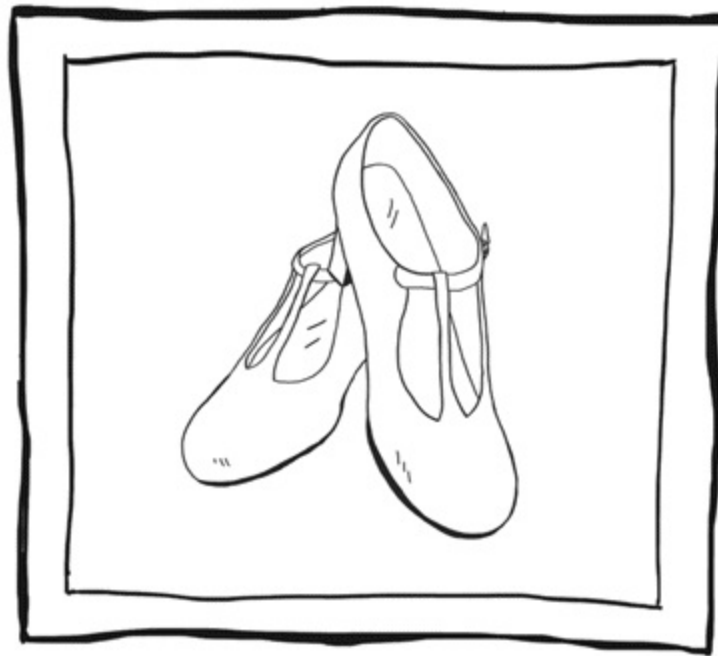
No pude evitar pensar en su otra madre, en la de antes, como ella decía, en su sufrimiento al perder a su hijo, incluso pensé en buscarla, a ella o a su familia, pero egoístamente lo descarté. ¿Y si la encuentro?, ¿y si Sara recuerda aún más cosas?, ¿y si dejo de ser su única madre?

¿Habría algún motivo en concreto de porqué esto nos estaba ocurriendo a nosotros? Pensé, que esa alma, se reencarnó en mi hija porque sabía, que sobre todo, recibiría mucho amor y el amor te hace abrir los ojos, ver y comprender. Quizás me escogió, para que cuente este hecho al mundo o a las personas que me quieran escuchar.

Sara, es una niña muy sensible, tímida, y da la impresión de tener más edad por la seriedad con la que habla y actúa. Estoy segura de que tiene algo muy importante que hacer aquí, a lo largo de su vida. Como cada uno de nosotros.

Ya hace algún tiempo de esto y desde entonces, creo firmemente en la reencarnación, pero sobre todo, espero, que con el tiempo, a Sara se le olviden estas cosas.

Nosotros hasta entonces, nunca habíamos oído hablar de este tema, de la reencarnación o mejor dicho, nunca lo tuvimos en cuenta, nuestras vidas hasta este momento eran de lo más común. Nunca nos lo habíamos planteado.



15.

Sara tiene cinco años. De vez en cuando, aún sigue diciendo comentarios de este tipo: dice que ella es un niño, que sabe que tiene “pepe” pero que es un niño; que sabe que los niños tienen pito, pero que ella, es un niño. Incluso hace pis de pie y echa el chorro hacia delante como un niño, no sé cómo puede hacerlo, pero es cierto, y aunque la regañe, lo sigue haciendo. Le intento convencer diciendo:

–Sara, las señoritas no hacen eso, lo hacen sentadas.

Pero ella me contesta:

–Ya, mamá, pero es que a mí me gusta más así.

Esto nos llama mucho la atención y la verdad, nos hace gracia, porque en mi casa nunca lo hemos hecho, ni siquiera sabía que se podía hacer, claro está, con esa puntería y sin ponerte perdida.

Alguna vez, he sacado el tema de aquel día, cuando hemos estado a solas, ella y yo, en voz baja y de forma muy delicada la he preguntado, aunque con miedo a su respuesta, si quiere hablar sobre lo de su mamá, pero se calla, no me dice nada, hace como que no me oye y se va. Pero sé, que es que no quiere hablar, creo que intuye mis sentimientos.

Quizás piense que la he fallado. Yo, desde luego, lo siento así.

16.

Sara tiene seis años y un día mientras comíamos dijo: –Sabéis, yo tengo un hermano que está enfermo, no tiene pelo, y estando en la playa, con su papá, su mamá y su hermano pequeño, él se ha muerto en el agua.

Seguimos sin saber que decir, no sabemos qué contestarla, con alguna excusa me voy a la cocina y llamo a Alonso para preguntarle:

–¿Lo has oído?

Y él me contesta nervioso:

– ¿Si, pero que quieres que diga?

En mi casa lo comentamos todo, absolutamente todo y llamando a las cosas por su nombre, sin florituras, en lo que estamos de acuerdo y en lo que no. Pero se habla. Y en estos momentos, ni Alonso, ni yo, teníamos palabras. Esto nos había pillado totalmente desprevenidos. Yo me sentía fatal por no saber que decirle a mi hija. Para nosotros esto era algo totalmente nuevo. Esta historia, Sara la repite muchas veces, parece que recuerda más detalles, ya no lo esconde tanto, ni lo dice con tanta vergüenza, ni tanta seriedad, lo dice, como quitándole importancia, me da la impresión, que nos lo cuenta para ver si en algún momento reaccionamos, pero solo lo habla con personas en las que ella confía, también se lo ha dicho a mis padres y a uno de mis hermanos, eso sí, a cada uno por separado. Es como si ella supiera lo delicado del tema y escogiera un momento en la intimidad, esperando quizás, una respuesta.

Nadie le dice nada, nadie sabe qué contestarle, pero ella cuando ve alguna imagen del mar, en algún sitio, lo recuerda y lo vuelve a contar. Sara sigue siendo una niña muy tímida y callada.

Muchas cosas nos empiezan a encajar, recordamos el primer verano que fuimos con Sara a la playa, tenía siete meses más o menos, Alonso es el que mejor lo recuerda, la llevaba en brazos y vio el miedo que sintió la niña nada más pisar la arena, de frente al mar, nada más verlo.

Cuenta Alonso:

Lo más curioso es que ni siquiera estábamos cerca de la orilla, había algunas olas, pero no era algo tan impresionante. ¡Vamos!, que el mar estaba tranquilo. Era como un gatito angustiado, cuando lo acercas a un barreño de agua, movía sus piernecitas como intentando trepar, muy nerviosa. Al darme cuenta, empecé a decirle a Sara:

–Pero no te asustes princesa, si es muy bonito, claro que impresiona, claro, es muy grande.

Pero ella no se soltaba de mi cuello y tan solo estábamos en la arena.

Ángela al oírme, también colaboraba para que Sara no tuviera miedo y en sus pequeñas manos le traía puñaditos de agua a su hermana.

Nos llevó toda la mañana, conseguir que Sara metiera un poquito los pies y viera que no pasaba nada y que era algo divertido.

Después de aquel momento tan angustioso en la playa, Sara nunca más ha mostrado miedo al agua.

17.

Sara, ha cumplido ya siete años, y su cambio de carácter ha sido espectacular, poco a poco se ha vuelto muy sociable y alegre, tiene una sonrisa preciosa.

Ahora, al terminar de escribir nuestra historia o mejor dicho, la de mi hija, he sabido de más casos, que han salido a la luz. En estas experiencias se dan nombres, fechas, se indican lugares que la gente recuerda de sus otras vidas y que certifican con ello la realidad del hecho, la reencarnación.

Y aun así, los más escépticos, le buscan una explicación lógica, dentro de la lógica que ellos aceptan. Hablan de enfermedades psicológicas, paranoias, enfermedad mental, todo, con tal, de no ver lo obvio.

Tal vez, si no hubiera tenido miedo a preguntar y si no hubiera visto sufrimiento en la cara de mi hija, si hubiera indagado más, quizás, seguro que tendría más datos, pero no quise saber, sentí miedo, me sentí insegura y desplazada. Sobre todo, creí que tenía que proteger a mi hija de las cosas que decía, de esos pensamientos o esas ideas.

Yo solo quería, que en la cara de mi hija, se reflejara únicamente felicidad y seguridad, con sus rabiets y sus sonrisas, solo, algo normal de una niña de su edad. Soy una persona que me gusta corroborar las cosas, comprobarlas, no dejarme llevar solo por las apariencias, pero en el caso de los sentimientos, es distinto. ¿Cómo se comprueba o se contrasta el amor, el odio, la ira, la alegría, la tristeza? ¿Cómo lo explicas, sin decir o hacer nada? Solo en tu cara, tus ojos, tus lágrimas, tu sonrisa.

Una vez leí en algún sitio que quien entiende una mirada, no necesita de una larga explicación. Simplemente, así es como se explica, así es como te delatas.

Yo sabía, como se podía sentir mi hija, con tan solo ver su cara, no son tan solo palabras. Vi su sentimiento de dolor en su llanto silencioso y resignado. Vi, el llanto de una persona mayor en la carita de mi niña, de tan solo tres años.

Y yo, en aquel momento, una pobre ignorante que solo quería recuperar el control de su vida, tan ordenada, tan perfecta, y ni siquiera, sabía que decir para ayudar a mi hija.

No sé, si lo estropee todo, siempre tendré esa duda, tan solo deseaba que mi hija dejara de contrastar lo que veía, con lo que solo ella sabía y los demás no entendíamos.

Parece que todo ha pasado ya, no comenta nada que nos deje parados, solo hay algo que nos resulta raro, pero puede entrar dentro de la normalidad. En el colegio, la profesora no sabe por qué tiene problemas con los tiempos verbales, -presente y pasado-, le cuesta mucho comprenderlo. Además parece tener algún problema de retención de memoria, algo inusual en su edad, nosotros pensamos que esto tiene que ver con el hecho de intentar olvidar aquello.

Aparte de esto Sara, es una personita nueva y feliz, desde hace un tiempo, muy inquieta, siempre cantando y bailando, nos hace mucha gracia, que a todo le saque una canción o un retortulillo.

18.

Yo ahora, pienso, junto y pego sus comentarios y creo que en la anterior vida de Sara, ella fue un niño, de unos diez o doce años, que su madre era una artista, quizás de flamenco, o al menos se dedicaba a hacer espectáculos. Pienso que ocurrió más o menos en la época de mis abuelos, y que la historia que contaba de su hermano muerto, realmente es la suya, creo que Sara en su anterior vida, murió accidentalmente ahogada en el mar.

Ya dije al principio que no pretendía convencer a nadie, solo contar mi experiencia y la de mi familia con la reencarnación, que para nosotros después de este tiempo es un hecho real.

Me gustaría, que mi testimonio sirviera para que las personas que han tenido una vivencia parecida a la mía, también lo hicieran de alguna manera pública.

19.

Al escribir esta historia he pensado mucho en todas las personas ateas y que no creen en nada. También en ese tipo de gente que se cree más inteligente y culta que los demás y que piensa que todo esto pertenece a la superchería y la incultura.

Pues bien, a mí me parece, y solo es una opinión, que no es muy inteligente ser de mente cerrada. ¿Por qué alguien iba a inventar algo así? ¿Para quedar en entredicho su palabra y su cordura?

Tampoco Galileo pudo demostrar su tesis, de por qué él creía en el movimiento de la tierra. Sus teorías iban en contra del pensamiento de la época y por ello fue ridiculizado, juzgado y condenado. Aun así, Galileo dijo:

–Y sin embargo, se mueve.

Yo solo puedo decir, no importa si no me creen, pero es cierto, absolutamente nada forma parte de la imaginación.

No me voy a comparar con Galileo, pero son muchos los testimonios de personas de todo el mundo como para no darle importancia al tema. No voy a apoyarme en que hay más casos, aunque mi historia fuera la única en todo el mundo, seguiría pensando lo mismo. Mi hija nos hablaba a su manera de otra vida paralela a la nuestra, pero no estábamos preparados para escucharla.

Pienso que dentro de mucho tiempo, esto que yo hoy cuento, será algo tan certero y real para todo el mundo, como que la tierra se mueve.

Ahora, después de tanto tiempo, he estado leyendo, curioseando, y resulta que no es nada nuevo, esta creencia ha estado presente en casi todas las culturas, desde la antigüedad, que de una manera u otra creen en la reencarnación o con otros nombres como renacimiento, transmigración, metempsicosis, metensomatosis, palingenesia.

Los egipcios son los primeros que hablan de la inmortalidad del alma, pensaban que iba recorriendo los animales del mar, los de la tierra y los del aire para al final llegar al cuerpo humano, donde podía volver a renacer para redimir fallos de otras encarnaciones y purificarse para llegar a la vida eterna.

La creencia de la reencarnación llegó desde Egipto a Grecia. En Grecia, Pitágoras y Platón, entre otros hablan de ella en sus libros. Pensaban que con cada vida evolucionaba el alma.

En Roma se creía en la supervivencia del alma pero no mucho en la reencarnación, solo algunos poetas clásicos hacen mención de ella como Horacio, Virgilio y Ovidio. Fue el emperador romano Justiniano, el que abolió la reencarnación en el cristianismo, para someter a la Iglesia que no estaba bajo el poder de Roma, basándose en que es contraria a la Biblia e incompatible con la resurrección

Al principio los primeros cristianos creían en la reencarnación, ya que así era desde el mundo clásico y antiguo. Pero hay corrientes cristianas que aun así creen en la reencarnación que aseguran que estas doctrinas se pueden encontrar en la Biblia o en la tradición cristiana primitiva.

En la mayoría de las religiones orientales, como hinduismo, budismo y taoísmo, creen en la reencarnación.

El hinduismo que es una de las religiones más antiguas del mundo. Cada alma tiene un ciclo y según sus actos así será el estado en el que renace, que está determinado por sus buenas o malas acciones (karma) realizadas en anteriores vidas. La liberación del alma se consigue cuando está completamente evolucionada y es salvada de la desgracia de más renacimientos.

En el budismo cada individuo es exactamente lo que él se ha ganado, el derecho de ser. Lo rodea aquella felicidad cuyos derechos ha adquirido en el pasado. Se enfrenta en la actualidad con las deudas contraídas en la anterior vida y que hoy le salen al encuentro. La infelicidad es el resultado del sufrimiento infligido a otros en la vida anterior y que antes de nacer acepto ahora reparar. Si su cuerpo hoy es débil es porque antes lo descuido, si carece de amigos es porque en la anterior vida no los hizo. El hombre es el resultado de su pasado y será el fruto de su presente. Los dones y facultades actuales son el resultado de su sincero trabajo de ayer. Quien trabaja de esclavo puede volver hecho un príncipe. Quien gobernó de rey puede volver vagando por el mundo, vestido de harapos por cosas que hizo o dejó de hacer. Si quieres conocer el pasado, mira tu vida presente. Si quieres conocer tu futuro, mira tu vida presente.

También en religiones que no han tenido contacto con otras religiones, como las africanas y tribales de América y Oceanía existe este concepto de reencarnación. El cristianismo, judaísmo e islam son prácticamente las únicas religiones que no contemplan la reencarnación, aunque ha sobrevivido en algunos sectores de estas religiones de forma no oficial.

La reencarnación es una de las creencias más antiguas de la historia. Tienen sus distinciones y diferentes teorías, pero la esencia es la misma, la creencia de que una persona fallecida volverá a vivir o aparecer con otro cuerpo con una personalidad generalmente más evolucionada. Reencarnación significa: el regreso a la vida después de la muerte.

Quizás, este es el objetivo, morir y volver a nacer, para seguir aprendiendo, para tener otra oportunidad de enmendar nuestros errores de la vida anterior, hasta llegar a ser personas mejores. Quizás la vida es solo eso, experiencia.

20.

Cuando yo era pequeña, mi hermana murió. Yo tenía seis años y ella solo tres. Murió tras una larga enfermedad, tan larga como su vida, pues nació con diferentes complicaciones que al final no pudo superar.

Recuerdo el día en que murió. Mi hermano y yo estábamos en casa de mis abuelos, en el salón, recuerdo a mi padre mirando por el cristal de la terraza, nadie nos dio la noticia, pero supimos lo que había ocurrido. Tampoco hicimos preguntas, pues la tensión y amargura del ambiente lo explicaba todo.

Al cabo de un año, una de mis tías, se quedo embarazada y estando toda la familia reunida, nuevamente, en casa de mis abuelos, nos dio la noticia.

Los mayores estaban muy contentos y los niños corríamos por allí. Pero yo, al oír aquello, me quede parada, escuchando, de nuevo en mi cabeza, lo que acababa de decir mi tía y pensé «esa es mi hermana y ahora será mi prima».

Aquello fue como si tal cosa, algo natural, ni si quiera lo dije en alto, ni tampoco le di importancia. Jamás, conté a nadie ese pensamiento hasta ahora.

Buscando una explicación coherente, pudiera ser que mi pensamiento fuera el deseo de que mi hermana volviera a estar con nosotros. Pero creo que no es así. Siento mucho decir, que el cariño casi no tuvo ocasión de surgir. A mi pequeña hermana la vi en contadas ocasiones porque siempre estaba en el hospital, ella y mi madre, que no se separaba nunca de su lado, como es normal.

Mi hermano y yo apenas veíamos a ninguna de las dos, pasamos aquella época prácticamente con mis abuelos.

Nunca he olvidado aquel pensamiento, pero tampoco le di importancia, hasta ahora.

Quizás, no son solo pensamientos, puede que sean intuiciones, todos tenemos esos tipos

de pensamientos y no me refiero solo a este tema, la reencarnación.

Cuando somos pequeños, niños, muchos de los sentidos, si no todos, los tenemos sin domesticar, podríamos decir, sin civilizar, son prácticamente salvajes. El olfato, el oído, por ejemplo, ¿y la intuición? A eso me refiero...

En los animales, es uno de sus sentidos y este no es el que nos diferencia de ellos. Lo que nos diferencia de ellos, además de la especie, creo que es la racionalidad.

Cuando ocurrió la catástrofe del tsunami, en Indonesia en el 2004, los elefantes y animales salvajes huyeron montaña arriba, horas antes, siguiendo su instinto y esto fue lo que les salvó.

Deberíamos hacer más caso a nuestros sentidos olvidados. Puede, que al nacer y solo mientras somos pequeños, sepamos el verdadero sentido de la vida.

Hay un refrán que dice «Los mejores maestros: los niños», y como todos sabemos, los refranes son sabios. A quien no le ha pasado alguna vez, tener la sensación de «esto ya lo he vivido», o de ir a algún sitio por primera vez y pensar «aquí ya he estado».

Mi actual pensamiento es que cada uno de nosotros pasamos por muchas vidas, muchas experiencias, lo que hoy somos, la situación o posición que tenemos en la actualidad o en nuestras familias, es solo una experiencia más y forma parte de nuestro crecimiento personal, para tratar de evitar errores de otras vidas anteriores, cosas que hemos hecho mal, hasta llegar a ser mejores personas.

Miramos a nuestro alrededor y vemos a otras personas viviendo otras experiencias, creo que cada una de esas vidas las hemos vivido ya o las viviremos en un futuro. Quizás cuando creamos que todo se acaba, vuelve a empezar de nuevo.

Esa persona con tanta belleza, ese niño que se quedo sin padres, la persona a la que le toca la lotería, ese vagabundo, el hijo de un rey, incluso un asesino.

Todas esas vidas tan deseadas o tan odiadas, todas esas, quizás, las hayamos vivido nosotros mismos. Si, aquello que no haríamos nunca o aquello que anhelamos y nos gustaría ser.

Si esto fuera así, si todos lo creyéramos, si estuviéramos plenamente convencidos de que la reencarnación es una realidad, este, sin duda sería un lugar mejor, un mundo mejor,

nadie haría daño a nadie, simplemente porque nadie querría que le hicieran daño a él y todos amaríamos al prójimo como a nosotros mismos.

Dejaríamos de ver en los medios de comunicación, casos de padres desgarrados de dolor por el asesinato de su hijo o su hija. De abusos, violaciones y todas esas cosas aterradoras y horribles que puede llegar a hacer el hombre.

Pero creo que esto no será posible, puesto que el hombre para creer necesita pruebas y los casos como este en el que se recuerde la anterior vida no son muy comunes o puede que pasen desapercibidos y hasta ahora es la única prueba.

Aparte de cambiar mi pensamiento, sobre muchos conceptos, también ha cambiado mi forma de ser. Intento no juzgar a nadie, por muy horrible que me parezca lo que hizo, eso no quiere decir que lo admita, pero intento ponerme en su lugar y ver los motivos que le llevaron a hacerlo.

En esta vida, si detesto algo es a las personas, que creen ser superiores a los demás, doy gracias a Dios por no encontrarme a muchas en mi camino. Intento comprender porque actúan así, porque creen que están un peldaño por encima del resto, que es lo que les hace sentirse así, por supuesto, no hablo de formas de vestir o de hablar, ni tampoco de aquellas que se ensalzan así mismas y ocultan sus miserias a los demás, ni siquiera de aquellas, que por su complejo de inferioridad necesitan humillar a otros, para así sentirse mejores. Hablo de aquellas personas que realmente piensan que son seres superiores. Y pienso, si tal vez, ese rechazo hacia ellas, fuera, porque quizás, yo antes fui así...

Disfruto mucho con cosas simples, como una puesta de sol en el campo, el amor, la alegría, el color y olor de las flores, de un beso con ternura, de la amistad sana o de un gesto amable y sonriente de alguien con el que te cruzas por la calle y no conoces. Bailando con mis hijas en el salón de casa, con la música a todo volumen, tumbada en el sillón, abrazada a mí marido. Son cosas cotidianas que me hacen sentir extraordinariamente bien. Intentar parar el tiempo en cada uno de estos momentos y pensar:

–Siempre lo recordare.

Quizás, como ya dije antes, no tuve todo esto muy en cuenta en otra vida, y fui alguien muy ambiciosa que solo perseguía cosas materiales ,muy ocupada y preocupada solo por tener más y más dinero y... se perdió todo esto que consideraba vano y simple.

Desde aquel momento algo cambio en mi vida. Eso seguro.

21.

Sara tiene ahora ocho años, y como dije, parece no recordar nada, un día de estos, yo estaba sentada frente al ordenador, ella sabe que estoy escribiendo un libro y me preguntó:

–¡Jo, mama, sí que estas escribiendo! ¿Y de qué escribes tanto?

Yo le conteste:

–Escribo un libro sobre ti, Sara.

–¿Ah, sí? –preguntó muy contenta.

–¿Y qué pones de mí?,

Me arriesgue, y le pregunte directamente:

–¿Tú te acuerdas, de que cuando eras pequeña me decías, que tenías un hermano que estaba muerto y vivía debajo del mar?

Ella, dejó pasar un momento y me contestó muy extrañada:

–¿Eso decía yo?

Después, se echó a reír y me dijo:

–No, no me acuerdo, ¿mamá, de verdad decía yo eso?

Y volvió a reírse.

No recuerda nada absolutamente, y por supuesto no voy a insistir, ni a comprobar, ni nada de nada, ante todo, está la felicidad de mi hija, y ella ahora es muy feliz.

A los escépticos, que piden pruebas y ver milagros, solo puedo decirles que miren a su alrededor y observen.

Epílogo

¡Pero, Dios!, Como he podido estar tan ciega, como he sido tan ignorante, para dudar de lo que mis ojos veían, mis oídos escuchaban y mi ser sentía.

Según escribo mi historia va pasando el tiempo, voy indagando y comienzo a leer libros relacionados con este tema, cada vez encuentro más y más personas, médicos, científicos, profesores que llevan estudiando el tema de la reencarnación más de cincuenta años. Tienen mis mismos pensamientos y no hablo de experiencias personales, si no de gente que estudia y se interesa por tantos y tantos casos como hay por todo el mundo.

Esto no puede ser casualidad, nada sabía de todos ellos y prácticamente mis mismas expresiones son las suyas.

Me alegra tanto, no soy ningún bicho raro, y todo lo ocurrido con mi hija durante varios años, por fin tiene una explicación lógica. Al menos, para más personas, incluso prestigiosos científicos como:

El Doctor Alexander Cannon

Era científico y médico de enfermedades nerviosas. Estudio más de mil casos en todo el mundo, buscando explicaciones lógicas para darle a todo sentido común y racionalidad. Al final termino rindiéndose ante tanta evidencia, tantos y tantos testimonios que sin conocerse coincidían en lo mismo. Él mismo dijo:

«Durante años, la teoría de la reencarnación, resultó una pesadilla para mí, he hice lo posible por desecharla, pero pasaban los años y todos los pacientes me contaban la misma historia, aunque tuvieran creencias diferentes. Ahora después de más de mil casos, debo admitir que existe algo llamado, reencarnación.»

Doctor Ian Stevenson

Fue doctor en medicina y profesor de psiquiatría en la Universidad de Virginia. Investigó más de tres mil testimonios de niños por todo el mundo, él dice que la reencarnación no sabe cuándo ocurre, si es en la gestación, durante el parto o en el nacimiento, pero que ocurre.

Doctor Brian Weiss

Profesor en la Universidad de Miami y jefe del departamento de psiquiatría del Hospital Mont Sinaí de Miami. Una buena posición profesional, un buen estatus económico, por lo que tenía mucho que perder y nada que ganar admitiendo públicamente que sus investigaciones acerca de la reencarnación le habían convencido plenamente. Pudo comprobar la reencarnación a través de pacientes en estado hipnótico, haciéndoles una regresión en la que les hacía volver a sus vidas pasadas.

La investigación científica sobre la reencarnación tiene un inconveniente bastante importante y es que la gran mayoría de los científicos que participan en ella, ponen en tela de juicio su carrera profesional, al ser un tema tan difícil de demostrar, a la vez mezclado con lo paranormal y religioso. Casi ninguno se arriesga a dar nombres y apellidos.

Y es que si hablas de reencarnación ten por seguro que a vista de los demás, restas seriedad a tu persona. Pero la vida es riesgo, y si crees en algo profundamente, al menos para mí, merece la pena comprometerse aunque la controversia esté asegurada.

Sigo pensando, que algo así, hay que vivirlo para creerlo, pero como no es posible, el resto de las personas simplemente, tienen que tener fe.

¿Y si son mensajes?, podría ser, que Dios, el Universo... da igual como lo quieras llamar, con casos como el de mi hija, esté intentando que nos demos cuenta del verdadero misterio de la vida. Y que sin la fe de creer en los demás, fuera imposible.

A las personas que no creen en la reencarnación y que piensan que si realmente hubiera un Dios, un ser tan piadoso, compasivo y noble, no habría tanto sufrimiento en el mundo les digo:

No llegara a sabio quien antes no fue un ignorante, no puede explicar el dolor quien antes no lo ha padecido, no puede entender el amor, la bondad, la caridad, el perdón, quien antes, no ha vivido el odio, el rencor y la envidia. Esta es la evolución, puede que en esto consista.

A mi estas frases me traen a la memoria la palabra empatía. Seguro que esta palabra sí les resulta familiar, y seguro también que no dudan de lo que quiere decir. Aunque tampoco se puede ver ni medir y no todo el mundo empatiza igual.

Yo veía y oía a mi hija, yo y toda mi familia. Las cosas de las que hablaba.

Pero mi lógica me decía, que no podía ser verdad por que simplemente, casi, acababa de nacer, yo conocía toda su trayectoria, la única evidencia que me quedaba era creerla.

Me gustaría, que ahora, al contarlo, me creyeran a mí, pero sé que las palabras, a veces no son suficientes. Aun así, yo me quedare satisfecha, por que pienso que era mi obligación contarlo y así lo he hecho.

No se me ocurre mejor manera de terminar esta historia que haciéndolo con las mismas palabras, con las que Jesús terminaba muchas de sus frases:

Quien tenga oídos para oír, que oiga; quien tenga ojos para ver, que vea.

EL CUERPO LLEVA LA CUENTA

Cerebro, mente y cuerpo
en la superación del trauma



Bessel van der Kolk, M.D.



El cuerpo lleva la cuenta

van der Kolk (M.D.), Bessel

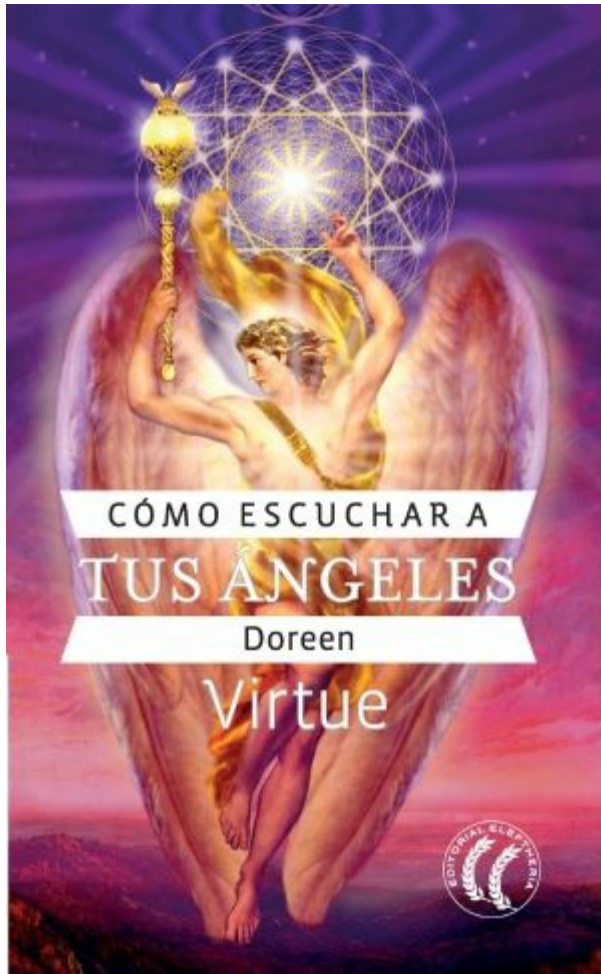
9788494480157

502 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro profundamente humano ofrece una nueva comprensión radical de las causas y consecuencias del trauma, que ofrece esperanza y claridad a todas las personas afectadas por su devastación. El trauma ha surgido como uno de los grandes retos de la salud pública de nuestro tiempo, no sólo por sus efectos bien documentados sobre los veteranos de guerra y víctimas de accidentes y delitos, sino debido a la cifra oculta de la violencia sexual y familiar y en las comunidades y escuelas devastadas por el abuso, el abandono y la adicción. Basándose en más de treinta años en la vanguardia de la investigación y la práctica clínica, Bessel Van Der Kolk muestra que el terror y el aislamiento en el núcleo del trauma, literalmente, remodelan tanto cerebro como el cuerpo. Nuevos conocimientos sobre nuestros instintos de supervivencia explican por qué las personas traumatizadas experimentan ansiedad incomprensible y rabia paralizante e intolerable y cómo el trauma afecta su capacidad para concentrarse, recordar, formar relaciones de confianza e incluso para sentirse como en casa en sus propios cuerpos. Estas personas, después de haber perdido el sentido del autocontrol y frustrados por las terapias fallidas, a menudo temen estar dañados sin posibilidad de recuperación. El cuerpo lleva la cuenta es la inspiradora historia de cómo un grupo de terapeutas y científicos, junto con sus valientes y memorables pacientes, han luchado por integrar los recientes avances en la ciencia del cerebro, la investigación del apego y la conciencia corporal en tratamientos que puedan liberar a los supervivientes del trauma de la tiranía del pasado. Estos nuevos caminos hacia la recuperación activan la neuroplasticidad natural del cerebro para reconectar el funcionamiento perturbado y reconstruir paso a paso la capacidad de "saber lo que se sabe y sentir lo que se siente".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Cómo escuchar a tus ángeles

Virtue, Doreen

9788494501937

235 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Desde 1995 he realizado talleres en todo el mundo sobre cómo conectar con los ángeles, sanar con ellos y aprender a escucharlos. Este libro nace como resultado de las experiencias que he tenido con todo tipo de alumnos, sin que ni su origen ni su edad importen. He aprendido que todos tienen la capacidad de oír a los ángeles si únicamente confían y dejan de lado sus dudas. Si utilizas los métodos que aquí describo, podrás conseguirlo también." —Doreen Virtue PhD

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Teoría U

SEGUNDA EDICIÓN



Liderar desde el futuro a medida que emerge

C. Otto Scharmer

Prólogo de Peter Senge

Edición revisada y actualizada con un nuevo prefacio,
casos de estudio e imágenes en color del viaje de la U.



Teoría U

Scharmer, C. Otto

9788494674723

484 Páginas

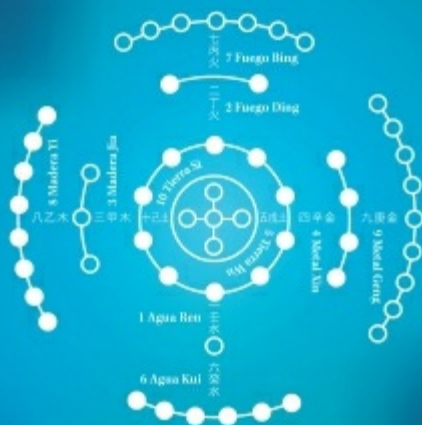
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Acceda a la fuente más profunda de inspiración y visión Vivimos en una época de fracasos institucionales masivos que se manifiestan en la destrucción de los fundamentos de nuestro bienestar social, económico, ecológico y espiritual. Afrontar estos retos requiere una nueva conciencia y una nueva capacidad de liderazgo colectivo. En este libro innovador, Otto Scharmer nos invita a ver el mundo de nuevas maneras y así descubrir un enfoque revolucionario para el liderazgo y el aprendizaje En la mayoría de los grandes sistemas de hoy creamos colectivamente resultados que nadie quiere. ¿Qué nos mantiene atascados en los patrones del pasado? Nuestro punto ciego, es decir, nuestra falta de conciencia del lugar interno desde donde nuestra atención e intención se originan. Al movernos a través del proceso U de Scharmer, accedemos conscientemente a nuestro punto ciego y aprendemos a conectarnos con nuestro Ser auténtico, la fuente más profunda de conocimiento e inspiración. Teoría U ofrece una rica diversidad de historias, ejemplos, ejercicios y prácticas convincentes que permiten a líderes, organizaciones y sistemas, copercibir y cocrear el futuro que está queriendo emerger. Esta segunda edición presenta un nuevo prefacio en el que Scharmer identifica cinco corrientes transformadoras y describe casos de estudio del proceso U en todo el mundo. También incluye ocho dibujos en color de Kelvy Bird que capturan las aplicaciones del viaje de la U e ilustran los conceptos del libro, así como nuevos recursos para aplicar los principios y las prácticas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

INTRODUCCIÓN A LA ACUPUNTURA DE

TUNG



Dr. Chuan-Min Wang

Editado y traducido al español por el Dr. Yu Sheng Tze



Introducción a la acupuntura de Tung

Wang, Dr. Chuan-Min

9788494501920

248 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La Acupuntura de Tung fue la estrella que supo alumbrar el arte curativo milenario chino en los últimos tiempos. Desde su aparición en la década de los 70 gracias al bondadoso gesto del único heredero de la familia Tung, el Dr. Jing Chan Tung, mundialmente conocido como Maestro Tung, de abrir la puerta de su casa y compartir este legado familiar celosamente guardado con sus 73 discípulos de primera generación en la hermosa tierra de Formosa (Taiwan), la Acupuntura de Tung no ha dejado de florecer y dar frutos por todo el continente asiático y norteamericano. En el año 2013, gracias al esfuerzo y dedicación de uno de los 73 discípulos de primera generación de Master Tung, el Dr. Chuan Min Wang, ha logrado cumplir el sueño de Master Tung de repatriar oficialmente la Acupuntura de Tung a China, creando junto a sus cuatro discípulos El Comité Mundial de la Acupuntura de Tung (World Tung's Acupuncture Committee, WTAC) en Beijing. Esta organización no gubernamental tiene como misión principal, la difusión y enseñanza de la acupuntura del linaje Tung por todo el mundo en cooperación con La Federación Mundial de la Sociedad de Acupuntura y Moxibustión (The World Federation of Acupuncture-Moxibustion Society, WFAS). Con esta magnífica obra originariamente escrita en inglés por el Dr. Chuan Min Wang y traducido al español por su tercer discípulo, Dr. Yu Sheng Tze, todos los amantes de la Acupuntura de Tung de habla hispana pueden tener la oportunidad de conocer, desde el seno de la familia Tung, el origen de su creación, cuáles son sus principios filosóficos y terapéuticos, por qué es tan diferente a la Acupuntura de los doce canales y, a su vez, cómo se puede y se debe complementar con ella para lograr un plan terapéutico integral que ayude a nuestros pacientes a sanar desde el espíritu y el alma, sus dolencias físicas y diversas enfermedades.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

INTRODUCCIÓN AL MODELO DE

Los sistemas de la familia interna®



Richard C. Schwartz, Ph. D.



Introducción al modelo de los sistemas de la familia interna

Schwartz (Ph.D.), Richard C.

9788494408489

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La terapia con Sistemas de la Familia Interna® es uno de los enfoques en psicoterapia de crecimiento más rápido. A lo largo de los últimos veinte años se ha convertido en una manera de entender y tratar los problemas humanos que resulta potenciadora, eficaz y no patologizante. Sistemas de la Familia Interna® (IFS) implica ayudar a las personas a sanar a través de una nueva forma de escuchar en su interior a las diferentes "partes" —sentimientos o pensamientos— y liberarlas en el transcurso de tal proceso, de creencias, emociones, sensaciones e impulsos extremos que limitan sus vidas. Según vayan liberándose las personas de sus cargas, irán teniendo un mayor acceso al Self, nuestro recurso humano más valioso, por lo que estarán en mejores condiciones de dirigir sus vidas desde ese lugar centrado, seguro y compasivo. En este libro, Richard Schwartz, quien desarrolló el modelo de Sistemas de la Familia Interna®, nos presenta sus conceptos básicos y métodos a seguir, empleando para ello un estilo comprometido, comprensible y personal. Los terapeutas encontrarán que el libro profundiza en la apreciación que tienen del modelo IFS y servirá de ayuda a sus clientes para poder comprender mejor qué es lo que están experimentando durante la terapia. El libro incluye además ejercicios factibles que facilitan el aprendizaje.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

0	7
1	8
2	9
3	11
4	12
5	14
6	16
7	18
8	20
9	22
10	24
11	26
12	28
13	31
14	34
15	40
16	41
17	43
18	45
19	46
20	49
21	52
Epílogo	53